

Con esta libertad bienhechora, y en posesión de los nuevos mundos de la fantasía descubiertos, el ingenio español, pródigo en sus conquistas, dará á la escena miles y miles de dramas que siglos adelante serán el orgullo de sus hijos y el asombro y envidia de los extraños.

Y todo esto era debido al hombre que, con acierto semidivino, había sabido elegir el instrumento, el medio y el tema para su grande obra en fuentes puramente nacionales. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Tirso, cuando reflexiona sobre lo que Lope había hecho, exclame de este modo?

«Y habiendo él puesto la comedia en la perfección y sutileza que ahora tiene basta para hacer escuela de por sí y para los que nos preciamos de sus discípulos nos tengamos por dichosos de tal maestro y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impug-nare (1).

¿Ni cómo admirarnos de que, por el mismo tiempo, congrege á todo el pueblo de Madrid para oír aquel panegírico del gran poeta que corre por todas las escenas y constituye el asunto mismo de *La fingida Arcadia*?

LUCRECIA. No se pudo decir más;
hasta aquí la pluma llega.

ANGELA. Pluma de Lope de Vega,
la fama se deja atrás.

LUCRECIA. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé
qué diera por conocelle!
A España fuera por velle,
si á ver á Salomón fué,
la celebrada etiopisa.

ANGELA. Compara con proporción;
que no es Lope Salomón.

LUCRECIA. Lo que su fama me avisa,
lo que en sus escritos leo,
lo que enriquece su tierra,
lo que su espíritu encierra
y lo que velle deseo,
mi comparación excusa;
y á él le da más alabanza
lo que por su ingenio alcanza
que á esotro su ciencia infusa.
Tan aficionada estoy
á la nación española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del día.

ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo.

LUCRECIA. Di patria ilustre también
de Lope, y diráslo todo.

ANGELA. Si á tu gusto me acomodo
no es ese su menor bien.

LUCRECIA. Yo, después acá, que estoy

en el español idioma
ejercitada, si á Roma
á Tulio por padre doy
de la latina elocuencia,
y al Boccaccio en la toscana,
á Lope en la castellana
no le hallo competencia.
Más de un desapasionado
me ha dicho, de tu nación,
que en la prosa á Cicerón
estilo y gracia ha imitado,
y á Ovidio en la suavidad
y lisura de sus versos,
sonoros, limpios y tersos,
confirmando esta verdad
con lo que en sus libros hallo.

ANGELA. Si él ese favor oyera
¡qué bien le correspondiera!
¡qué bien supiera estimallo!

LUCRECIA. ¿Agradece?

ANGELA. Aunque hay alguno
que apasionado lo niega,
es tan fértil esta vega
que paga ciento por uno.
Pero ¿qué piensas hacer
con tantos libros aquí?

LUCRECIA. Todos son suyos y así,
ya que no le puedo ver,
mientras gasto bien los ratos
que recreo en su lección,
si los libros suyos son,
veré á Lope en sus retratos (2).

ANGELA. Todas estas son comedias.

(1) Esto escribía Tirso por los años de 1620 y estampó en el primero de sus *Cigarrales*, al final.

(2) Siguen enumerando largamente las obras no dramáticas de Lope.

LUCRECIA. *Décimaséptima parte*
ha impreso.

ANGELA. No hay que espantarte;
que aun esas no son las medias
que tiene escritas.

LUCRECIA. Pues ¿cuántas
ha compuesto?

ANGELA. Novcientas.

LUCRECIA. Si los años no le aumentas,

¿dónde hay vida para tantas?

ANGELA. Esta es verdad conocida
en España.

LUCRECIA. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.

ANGELA. A novecientos llegara,
siendo otro Matusalén.

LUCRECIA. En él se logran bien.

Con la parvedad que le permitiesen sus deberes asistiría también Tirso por este tiempo á una sociedad literaria particular, pero que se ornaba con el ambicioso título de *Academia poética de Madrid*. Reuníala en su casa por los años 1617 á 1622 el Doctor Sebastián Francisco de Medrano, clérigo que había residido largo tiempo en Italia, de donde trajo el gusto por esta clase de sociedades; que se declaró presidente de su Academia y era muy frecuentada por los escritores de entonces. Que Tirso asistió á ella algunas veces lo dice el propio Medrano en los preliminares de un libro de poesía que publicó algo después (1).

V

Publicación de los Cigarrales de Toledo.—Examen de esta obra (1621).

Deseaba Tirso dar á la imprenta cierto ensayo literario distinto de las comedias; y, aunque no sin algún trabajo, pudo lograrlo en 1621 ó 1622, en que salió á luz la primera parte de sus *Cigarrales de Toledo* (2).

(1) *Favores de las Musas hechos á D. Sebastián Francisco de Medrano. Milán, Juan Bautista Malatesta, 1623, 8.º* En el prólogo de esta obra enumera los concurrentes á su Academia, que eran casi todos los principales poetas de Madrid.

(2) Madrid, 1621. No he visto esta primera y rarísima edición ni oí citar ningún ejemplar de ella. El de Salvá (*Catálogo I*, núm. 1441), tampoco lo era (según diré luego), y además carecía de preliminares. La primera mención que hallo de unos *Cigarrales* de 1621 es en el P. Harda, como se ha visto, y será cierto, atendiendo á la fecha del privilegio y aprobaciones de la que sigue: LA SEGUNDA EDICIÓN lleva esta portada: *Cigarrales de Toledo. | Primera parte. | Compuestos por el Maestro | Tirso de Molina natural de Madrid. | Vtinam. | A Don Svero de Quiñones y Acuña | Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo, y Alferet | mayor de la ciudad de Leon, Señor de los Concejos | y Villas de Sena, y Hibias. | En Madrid | Por Luis Sanchez, impresor del Rey Nuestro Señor. | Año de 1624.—4.º 7 h. prels. y 563 págs.*

El *Vtinam* de la portada es la letra de una divisa; está dentro una corona de laurel que sostienen las figuras del *Ingenio* y el *Favor*.

La hoja siguiente á la portada contiene la Tassa, á 4 mrs. pliego, de 73 que tiene. Fechada en Madrid, 6 Marzo 1624. A la vuelta comienza el privilegio por diez años que se copia íntegro, á nombre de D. Gabriel Tirso de Molina; Madrid, 8 Noviembre 1621.—Erratas: Madrid 22 Febrero 1624. El Lic. Murcia de la Llana.—Aprobación: «Por comisión del señor Vicario de Madrid y su tierra vi un libro intitulado *Cigarrales de Toledo*, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, en prosa, y diverso género de versos, en el que no hay cosa contra la fe y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor, dispuestas con elegante y cortésano estilo, y con muestra de la erudición que en todas ciencias tiene el que las trata aquí; y de que se mande salgan á luz para alentar los ingenios á sutiles discursos y gastar algunos ratos de los que ocupa la ociosidad enemiga de toda virtud. En S. Martín de Madrid, á 8 de Octubre de 1621.—Fr. Miguel Sanchez.»

Aprobación: «Por mandado de V. A. he visto este libro, donde no hay cosa contraria á la fe y buenas costumbres. El ingenio y estudio del autor es grande, como se descubre en la materia entretenida destes discursos, donde hallarán los aficionados aparato notable de invención fabu-

Es una obra miscelánea, que contiene novelas, poesías líricas, comedias, cuentos, relaciones de fiestas, poemas cortos y romances descriptivos. Las comedias interca-

losa y artificio muy diestro en las comedias selectas que entremete. Puede V. A. dar licencia á su impresión. En Madrid á 27 de Octubre de 1621.—Don Juan de Jauregui.»

Décimas «de Lope de Vega Carpio.

Con menos difícil paso
y remotos horizontes
hoy tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso.
La lira de Garcilaso
junto á su cristal luciente
halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
«Fénix en ti resucita
canta y corona tu frente.»
Digno fué de su decoro
el ingenio celestial
que canta con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro.
Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores,
para guirnalda mayores,
á quien con milagros tales
los ásperos Cigarrales
convierte en selvas de amores.»

Décima «De don Alonso de Castillo Solorzano:

Si Toledo se hermosea
por tener sus Cigarrales,
con los sobrenaturales,
Tirso, Madrid se recrea.
Agradece á vuestra idea
que le dexa en sucesión
partos de recreación,
estancias de amenidad,
preceptos de urbanidad
y exemplos de erudición.»

Décima «De doña María de San Ambrosio y Piña, monja en la Magdalena de Madrid:

La fama, eterna alabanza,
ya no espera, no porfia
si el libro en quien la tenia
ya es gloria; no es ya esperanza.
Sólo vuestro ingenio alcanza
con el arte y la experiencia
esencia y ser de la ciencia,
déllico aliento de infusa,
lauro eterno vuestra musa,
luz, Gabriel, de inteligencia.»

Dedicatoria. (No dice de particular más de que le ofrece su libro, «tanto por pagar deudas de su padre, quanto por el interés que se le sigue de su patrocinio.»)

Prólogo. «Al bien intencionado.»

Texto: La pág. 563, última del tomo, no lleva paginación y sólo está impresa su mitad.

3.^a EDICIÓN. Recientemente adquirí yo un ejemplar de una nueva y desconocida edición de este libro. Lleva la siguiente portada:

Cigarrales | de Toledo. | Primera parte. | Compuestos por el Maestro | Tirso de Molina natural

de Madrid. | A Don Svero de Quiñones y Acuña | Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo, y Alférez mayor de la ciudad de Leon, Señor de los Concejos, | y Villas de Sena, y Hibias. | Utinam | Con privilegio. | En Madrid por la viuda de Luis Sanchez | Impressora del Reyno. | Año de M.CDXXX. | (sic) A costa de Alonso Perez. librero de su Magestad.

4.^o, 4 h. prels. y 212 fols. El *Utinam* de la portada no lleva alegoría alguna, sino una orla hecha con adornos tipográficos.

En el recto de la hoja siguiente está la dedicatoria á D. Suero de Quiñones y á la vuelta la *Tassa* (4 mrs. pliego; 54 pliegos=216 mrs.) Madrid, 6 de Marzo de 1624; la *Suma del Privilegio* (no integro) Madrid, 8 de Noviembre de 1621; y la *Fe de erratas*, diciendo que no las hay, á 22 de Febrero de 1624. La hoja siguiente lleva las *Aprobaciones* de Fr. Miguel Sánchez y Don Juan de Laurigui (sic) y las dos *Décimas* de Lope de Vega y á la vuelta las de Castillo Solórzano y D.^a María de San Ambrosio. La hoja cuarta la ocupa toda el prólogo *Al bien intencionado*.

Esta edición de 1630 es la que Salvá creyó ser la primera, al observar que era completamente distinta de la anterior y la siguiente, si bien su ejemplar carecía de preliminares. Demuéstrase porque le asigna el mismo número de folios, 212, que contiene la presente. El tipo de letra es mucho más pequeño, así es que en vez de las 563 páginas sólo viene á tener 424 numeradas en 212 folios. Los preliminares están también alterados y el *Privilegio* abreviado.

4.^a EDICIÓN. *Cigarrales* | de Toledo. | Compuesto por el Maestro | Tirso de Molina, natural de Madrid. | A Don Svero de Quiñones y Acuña, | Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo y Alférez mayor de la Ciudad de Leon, Señor de los Concejos | y villas de Sena, é Hibias. | Año (Escudo del impresor.) 1631. | En Barcelona. | Por Geronimo Margarit. | A costa de Iusepe Genouart, mercader de libros.

4.^o, v. en b. Aprob. de Fr. Tomás Roca, en el convento de Santa Catalina á 3 de Septiembre de 1630 (Dice que los *Cigarrales* se habían impreso «seis años ha en Madrid» y le llama al autor «Don Gabriel Tirso de Molina»).—Aprobaciones de Fr. Miguel Sánchez y Jauregui.—Décimas de Lope, Castillo y D.^a María de San Ambrosio.—Dedicatoria.—Prólogo y texto, que acaba al vuelto del folio 215 con la palabra *Fin*, y tres grabaditos representando una mosca, un ratón y una gallina cubriendo los huevos. La letra es también de más cuerpo que la de la edición de 1630, excepto en los versos y comedias, que es más pequeña. (5 h. prels. con la portada y 215 foliadas.)

ladas son *El vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El celoso prudente*. Incluyó también en ella su celebrada novelita *Los tres maridos burlados*, tantas veces reimpresa luego.

Hay además en este libro párrafos y especies que encierran algún interés biográfico. En el prólogo «Al bien intencionado», y suponiendo que habla el mismo libro, dice:

«Ocho meses ha que estoy en las mantillas de una imprenta, donde, como niño dado á criar, me enseñaron los malos resabios que en mí descubrieres; mentiras de un ignorante compositor, que tal vez añadía palabras, tal sisaba letras; y ojalá parara en esto y no se me acogiera, *llevándose á mi padre el dinero adelantado* de mi crianza, *medio precio de mi impresión*, y me dexara jubón á la malicia, la mitad de seda y la otra de fustán, obligándole á buscarme nuevo pupilaje, mohatrar papel y trampear la costa. Un padre tengo y dos ayos.....»

Sigue en este estilo jocosamente narrando el libro sus aventuras, y al final añade:

«Puedote afirmar que está ya comenzada (la 2.^a parte de él) y, en tanto que se perficiona dadas á la imprenta doce comedias, primera parte de muchas que quieren ver mundo, *entre trescientas que en catorce años* han divertido melancolias y honestado ociosidades. También han de seguir mis buenas ó malas fortunas *doce novelas*, ni hurtadas á las toscanas (1), ni ensartadas unas tras otras, como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo.»

De estos párrafos se deduce que tenía el P. TÉLLEZ, en 1621, compuestas trescientas comedias (fecundidad verdaderamente pasmosa y sólo comparable á la de Lope!); doce novelas; empezada la segunda parte de los *Cigarrales*, y dadas á la imprenta (no á luz, como se supuso equivocadamente), doce obras dramáticas que serían primera parte de las suyas. La curiosa especie de que tuvo que cambiar de impresor, perdiendo la mitad de la costa y el haber tardado lo menos ocho meses en terminar la impresión, en combinación con la fecha de 8 de Noviembre de 1621 que lleva el privilegio, dificultan el hecho de que el libro pudiese salir á luz en el referido año, sino en el siguiente.

En el cuerpo de él se introduce Tirso á sí mismo, como se ve por este pasaje:

«Tirso, aunque humilde pastor de Manzanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria, tan apoderada de la envidia extranjera; llegó en un pequeño barco,

(1) Maligna alusión á las *Novelas morales* del capitán madrileño D. Diego de Agreda y Vargas que publicó doce pequeñas en un volumen en 1620 (Madrid, por Tomás Junti, 8.^o) y de indudable carácter italiano. Aludió también á otra obra del mismo Agreda titulada: *Los más fieles amantes Leucipe y Clitofonte, historia griega, por Aquiles Tacio, Alejandrino, traducida, censurada y parte compuesta* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1617, 8.^o). La versión de Agreda no es del original ni del latín, como hizo Pellicer, sino del *Toscano*, que es á lo que se refiere Tirso. En cuanto

á éste, que no publicó ni la segunda parte ofrecida de los *Cigarrales* ni las *Novelas*, parece deducirse de sus palabras que se proponía desenvolver alguna tesis moral por medio de ejemplos; algo parecido á lo que había hecho en 1612 don Gonzalo de Céspedes y Meneses en su *Poema trágico del español Gerardo*, y después en su *Soldado Pindaro*, engarzando diversos episodios por medio de una ficción semejante á la que usó en los *Cigarrales*. Nada se ha conservado de estas novelas.

aunque curioso, hecho todo un jardín que hallara lugar entre los Hibleos, y en medio de él una palma altísima, sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, vestido de un pellico blanco, con unas barras de púrpura á los pechos, *insignia de los de su profesión*, y ayudábale á subir dos alas, escrito en la una *Ingenio* y en la otra *Estudio*; volando con ellas tan alto, que tocaba ya con la mano en la corona, puesto que la *Envidia* (1), en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los pies procuraba impedirle la gloriosa consecución de su trabajo, aunque en vano; porque pisándola, colgaba de ellos esta letra, que sirvió también para los jueces: *Velis, Nolis.*»

Suponiendo Tirso que para celebrar la vuelta á Toledo de cierto caballero y el feliz término de los amores de otros y sus damas, determinaron varios, amigos de todos, celebrar un torneo acuático sobre el Tajo y describe extensamente este esparcimiento, así como los sucesos y aventuras que lo prepararon.

Al verse reunidos, acuerdan pasar los cuarenta días de más calor del verano sin subir á Toledo, por las varias casas de campo ó *cigarrales* que ellos y sus amigos tenían distribuidas por las orillas del río. Y á fin de gozarlos entretenidamente, convienen en distribuirse el deber en cada uno de divertir á los demás en cada cigarral que le tocase en suerte.

Fueron veinte los que entraron á distribución; y como Tirso no trató más que de lo hecho en los cinco primeros, parece que pensaba emplear cuatro tomos ó partes en describir los juegos y distracciones propios de los demás, si no es que abreviase en adelante.

Es curiosa la enumeración de los cigarrales más hermosos que había verdaderamente entonces en Toledo, y en los que Tirso supone se celebraron las fiestas.

Comenzó en el *Cigarral I* por la representación de la comedia *El Vergonzoso en palacio*, ya antigua; pues, como expresa el autor, había sido «celebrada con general aplauso diez años había, no sólo entre los teatros de España, pero en los más célebres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mereció que uno de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas y ennobleciese esta facultad con hacer la persona del *Vergonzoso*.» Y, lo que es más curioso, parece que realmente se hizo por entonces en Toledo esta representación, pues añade luego que los adherentes con que se exornó tuvieron por autores, «de los tonos, á Juan Blas, único en esta materia; á Alvaro, si no primero tampoco segundo, y al Licenciado Pedro González, su igual en todo, que habiendo algunos años sutilizado la melodía humana, después, por mejoralla, tomó el hábito redentor de N. S. de la Merced, y en él es fénix único, si en el siglo fué canoro cisne. Los entremeses fueron de D. Antonio de Mendoza, cuyos sa-

(1) Es de notar la insistencia con que Tirso se queja de los envidiosos de su talento. A ella aludió también Lope de Vega, en la dedicatoria de *Lo fingido verdadero*, como hemos visto; y Téllez no cesará de traerla á cuento en la *Dedicatoria* de sus comedias, en los prólogos y en muchos lugares de ellas, hacién-

dole exclamationar en una ocasión (Antona García,

Pues véndese ahora tanta
envidia á ingenios diversos,
que hay hombre que haciendo versos
á los demás se adelanta;
y, aunque más fama le den,
es tal (la verdad os digo)
que quita el habla á su amigo
cada vez que escribe bien.

les y concetos igualan á su apacibilidad y nobleza; y los bailes de Benavente, sazón del alma, deleite de la naturaleza y, en fin, prodigio de nuestro Tajo».

Tirso compuso una *loa* para esta representación, que incluye, así como la comedia. A continuación, y con pretexto de hacer su defensa, explana aquella célebre y briosa apología del sistema dramático de Lope, entonces y algo antes rudamente combatido por los partidarios de la imitación clásica. El pasaje es tan importante que no debe de faltar en una biografía de Tirso:

«Con la apacible suspensión de la referida comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas y la diversidad de sucesos se les hizo el tiempo tan corto que, con haberse gastado cerca de tres horas, no hallaron otra falta sino la brevedad de su discurso. Esto en los oyentes desapasionados y que asistían allí más para recrear el alma con el poético entretenimiento que para censurarle. Que los zánganos de la miel, que ellos no saben labrar y hurtan á las artificiosas abejas, no pudieron dejar de hacer de las suyas; y con murmuradores susurros pican en los deleitosos panales del ingenio. Quién dijo que era demasidamente larga y quién impropia. Pendanto hubo historial que afirmó merecer castigo el poeta que, contra la verdad de los anales portugueses, había hecho pastor al duque de Coímbra, D. Pedro, siendo así que murió en una batalla que el rey D. Alonso, su sobrino, le dió, sin que le quedase hijo sucesor en ofensa de la casa de Avero y su Duque, cuyas hijas pintó tan desenvueltas que, contra las leyes de su honestidad, hicieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardín. Como si la licencia de Apolo se estrechase á la recolección histórica y no pudiese fabricar sobre cimientos de personas verdaderas arquitecturas del ingenio fingidas.

«No faltaron protectores del ausente poeta, que volviendo por su honra concluyesen los argumentos Zollos, si pueden entendimientos contumaces, Narcisos de sus mismos pareceres y discretos, más por las censuras que dan en los trabajos ajenos que por lo que se desvelan en los propios, convencerse.

«Entre los muchos desaciertos, dijo un *presumido natural de Toledo*, que le negara la filiación de buena gana si no fuera porque entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima no era mucho saliese un aborto malicioso, el que más me acaba la paciencia es ver cuán licenciosamente salió el poeta de los límites y leyes con que los primeros inventores de la comedia dieron ingenioso principio á este poema; pues, siendo así que éste ha de ser una acción, cuyo principio, medio y fin acaezca, á lo más largo, en veinticuatro horas, sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio, por lo menos, de sucesos amorosos; pues aun en este término parece imposible pudiese disponerse una dama ilustre y discreta á querer tan ciegamente á un pastor, hacerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad y, últimamente, arriesgar su fama á la arrojada determinación de un hombre tan humilde que, en la opinión de entrambos, el mayor blasón de su linaje eran unas abarcas, su solar una cabaña y sus vasallos un pobre hato de cabras y bueyes. Dejo de impugnar la ignorancia de D.^a Serafina, pintada, en lo demás, tan avisada que, enamorándose de su mismo retrato, sin más certidumbre de su original, que lo que D. Antonio la dijo, se dispusiese á una bajeza indigna, aun de la más plebeya hermosura, como fué admitir á oscuras á quien pudiera con la luz de una vela dejar castigado y corrido. Fuera de que no sé yo por qué ha de tener nombre de comedia la que introduce sus personas entre duques y condes, siendo así que las que más grandes se permiten en semejantes acciones no pasan de ciudadanos patricios y damas de mediana condición.

»Iba á proseguir el malicioso arguyente, cuando, atajándole D. Alejo (que por ser la fiesta á su contemplación, le pareció tocarle el defenderla) le respondió. Poca razón habéis tenido..... La comedia presente ha guardado las leyes de lo que ahora se usa; y á mi parecer, conformándome con el de los que sin pasión sienten, el lugar que merecen las que ahora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les hacen conocidas ventajas, aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque si aquéllos establecieron que una comedia no representase sino la acción que moralmente puede suceder en veinticuatro horas, ¿cuánto mayor inconveniente será que en tan breve tiempo un galán discreto se enamore de una dama cuerda, le solicite, regale y festeje y que, sin pasar siquiera un día, la obligue y disponga de suerte sus amores que, comenzando á pretender por la mañana, se case con ella á la noche? ¿Qué lugar tiene para fundar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas y pintar los demás afectos y accidentes sin los cuales el amoroso es de ninguna estima? ¿Ni cómo se podrá preciar un amante de firme si no pasan algunos días, meses y aun años en que haga prueba de su constancia?

»Estos inconvenientes mayores son en el juicio de cualquier mediano entendimiento que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y oigan cosas sucedidas en muchos días; pues así como el que lee una historia en breves planas, sin pasar muchas horas se informa de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares, la comedia, que es una imagen y representación su argumento es fuerza que, cuando le toma de los sucesos de dos amantes, retrate al vivo lo que les pudo acaecer; y, no siendo esto verosímil en un día, tiene obligación de fingir pasar los necesarios para que la tal acción sea perfecta; que no en vano se llamó la poesía pintura viva, pues imitando á la muerta, ésta, en el breve espacio de vara y media de lienzo, pinta lejos y distancias que persuaden á la vista á lo que significan; y no es justo que se niegue la licencia, que conceden al pincel, á la pluma, siendo ésta tanto más significativa que esotro.....

»Y si me argüis que á los primeros inventores debemos los que profesamos sus facultades guardar sus preceptos, pena de ser tenidos por ambiciosos y poco agradecidos á la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades, os respondo que, aunque á los tales se les debe la veneración de haber salido con la dificultad que tienen todas las cosas en sus principios; con todo eso, es cierto que aun añadiendo perfecciones á su invención (cosa que puesto que fácil, necesaria) es fuerza que quedándose la substancia en pie, se muden los accidentes, mejorándolos con la experiencia. ¡Bueno sería que, porque el primer músico sacó de la consonancia de los martillos en la yunque la diferencia de los agudos y graves y la armonía música, hubieren los que agora la profesan de andar cargados de los instrumentos de Vulcano; y mereciesen castigo, en vez de alabanza, los que á la harpa fueron añadiendo cuerdas y, vituperando lo superfluo y inútil de la antigüedad la dejaron en la perfección que agora vemos!

»Esta diferencia hay de la naturaleza al arte; que lo que aquélla desde su creación constituyó no se puede variar; y así siempre el peral producirá peras y la encina su grosero fruto; y con todo eso, la diversidad del terreno y la diferente influencia del cielo y clima á que están sujetos, las saca muchas veces de su misma especie y casi constituye en otras diversas.....

»Pues en lo artificial, cuyo ser consiste sólo en la mudable imposición de los hombres, puede el uso mudar en los trajes y oficios hasta la sustancia y en lo natural se producen por medio de los ingertos cada día diferentes frutos, ¿qué mucho que la comedia, á imitación de entrambas cosas, varíe las leyes de sus antepasados y ingiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sa-

cando una mezcla apacible de estos dos encontrados poemas; y que, participando de entrambos, introduzga ya personas graves, como la una y ya jocosas y ridículas como la otra.

»Además que si el ser tan excelentes en Grecia, Esquilo y Enio (*sic*) como entre los latinos Séneca y Terencio, bastó para establecer las leyes tan defendidas de sus profesores, la excelencia de nuestra española Vega, honra de Manzanares, Tulio de Castilla y Fénix de nuestra nación, los hace tan conocidas ventajas en entrambas materias, así en la cantidad como en la cualidad de sus nunca bien conocidos, aunque bien envidiados y mal mordidos estudios, que la autoridad con que se les adelanta es suficiente para derogar sus estatutos. Y habiendo él puesto la comedia en la perfección y sutileza que ahora tiene, basta para hacer escuela de por sí; y para que, los que nos preciamos de sus discípulos, nos tengamos por dichosos de tal maestro, y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare. Que si él, en muchas partes de sus escritos, dice que el no guardar el arte antiguo, lo hace por conformarse con el gusto de la plebe, que nunca consintió el freno de las leyes, y preceptos, dícelo por su natural modestia; y porque no atribuya la malicia ignorante á arrogancia lo que es política perfección» (1).

El *Cigarral II*, que describe la fiesta en el Cigarral del Rey «agora del Marqués de Malpica», y se reduce á músicas y ejercicios caballerescos y galantes, sólo incluye la *Fábula de Pan y Siringa*, obra de D. Plácido de Aguilar, poeta madrileño, hombre del Almirante de Castilla y después fraile mercenario, discípulo, al parecer, gentil de Tirso, quien, por tal razón, la publicó aquí. Está el poema en octavas reales.

Una interesante y bien entretendida novela de *D. Juan de Salcedo y la Catalana Dionisia* forma el contexto del *Cigarral III*, aprovechando la ocasión para intercalar algunas poesías, como un gracioso romance al Manzanares. Por esta composición, y otras incluidas en *Deleitar aprovechando*, sabemos que Tirso adoptaba para patrocinar estos versos rústicos el seudónimo de Paracuellos de Cabañas.

En el *Cigarral IV*, renunciando al molesto cuidado de ir colocando sus versos líricos entre las narraciones en prosa, comienza por ensartar seguidas hasta 13 composiciones de todo género, y á continuación la *comedia famosa de Cómo han de ser los amigos*, que antes había estrenado Baltasar de Pinedo, «maestro en los deste oficio», como dice Téllez en el encabezado de ella.

Tampoco dejó de hacer el elogio y defensa de esta hermosa obra y darnos unas curiosísimas noticias y juicios sobre el arte de representar en su tiempo, diciendo:

«La sazón y destreza de los recitantes, las galas con que se adornaron y la fama que ya la comedia tenía ganada en toda España, fué tan á gusto del apacible auditorio, que no halló otra falta sino el quedarse tan poco... Entretenidas dos horas, dijo D. Melchor, tiene el entendimiento en una comedia cuando es buena: Martirio de tres ó treinta padece el alma, replicó D. García, cuando es mala..... Muchas comedias, dijo D. Alejo, han corrido con nombre de disparatadas y pestilenciales que, siendo en sí maravillosas, las han desacreditado los malos representantes; ya por errarlas, ya por no vestir las, y ya por ser despropositados los papeles para las personas que

(1) Al fin del *Cigarral I*.

los estudian; las cuales, después que caen en otras manos, ó más cuidadosas ó más acomodadas, vuelven á restaurar con el logro la fama que perdieron. La del *Vergonzoso en palacio*, dijo D. Juan, pasó por esos naufragios, que, no pareciendo en la corte como merecía, en poder del mejor autor y representante destos tiempos, porque ni sabía el papel ni era á propósito sus años para la vergüenza y cortedad primeriza, que en materia de amores trae de ordinario consigo la juventud; después, en las demás compañías, que hubo pocas que no la representasen, ganó renombre de las mejores de su tiempo.

»Tres causas hallo yo, dijo D. Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. La primera es en vituperio del poeta; que ó no sabe trazarla ó escribe impropiedades tan indigestas, que revolviendo el estómago al sufrimiento, provoca á silbos y vituperios. Yo conozco uno de los más corpulentos y no de los más dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Sanctorum* en romance, cuyo argumento fué la vida de uno de los jueces de Israel, se dejó decir, entre ciertas promesas que el gracioso hacía á no sé quién, que le traería el turbante del Gran Sofí. ¡Mirad qué gentil necedad profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á Persia más de mil años después del nacimiento de Cristo! — Tragaría el vulgo, dijo D. Vela, con todo el aplauso y risa imaginable la turbantada que le dió el poetón. — Como esas zarandajas caben en el buche (respondió él) de la billena plebeya. Llaman á la Tarasca *traga-caperuzas*, ¿y no queréis vos que el poblacho trague turbantes? — Yo se le colgara, después de muerto, acudió D. García, sobre su tumba, como capelo de cardenal, graduándole de presumido, no con borla, pero con borlas.

»La segunda causa, prosiguió D. Melchor, de perderse una comedia es por lo mal que le entalla el papel al representante. ¿Quién ha de sufrir, por extremada que sea, ver que, habiéndose su dueño desvelado en pintar una dama hermosa, muchacha, y con tan gallardo talle que, vestida de hombre, persuada y enamore la más melindrosa dama de la corte, salga á hacer esta figura una del infierno, con más carnes que un antruevo, más años que un solar de la Montaña y más arrugas que una carga de repollos; y que se enamore la otra y le diga: «¡Ay, qué D. Gilito de perlas! es un brinco, un dix, un juguete del amor?» — En esa ocasión, dijo D. Lorenzo, castigar podrían por vagamundos cuantos pepinos pueblan muladares si no la sacasen colores á la cara, ya que no se las sacó la vergüenza. ¿Pues qué hiciérades vos, prosiguió, si viédeses enamorar á una infanta un hombrón, en la calva y barriga segundo Vespasiano, y decirle ella amores más tiernos que rábanos de Olmedo? — Sacárale yo á ése por alquitara, respondió, y quedara en la disposición acomodada para ese papel con una cabellera postiza. — Y si ese tal, volvió á decir D. Melchor, haciendo á un emperador saliese vestido como un Gómez Arias; y, queriendo dar un asalto á una fortaleza, subiendo por una escalera á vista de todos, ¿le viédeses la espada desnuda y subir con chinelas? — Diéraselas yo á comer, respondió, como el otro señor á su zapatero, guisadas (1). — Pues lo más intolerable, prosiguió, es ver errar los versos por instantes, estropeando pasos que merecieran, á recitarlos con fidelidad, suma veneración. — Sabed, dijo don Fernando, que, después que se usan representantes, no ha menester el Pegaso de Apolo herradores; porque ellos hacen este oficio, clavándole por puntos; pero castigáralos yo en la costa, como albéitares que mancan las cabalgaduras. — Ahora, señores, bueno está de murmuración, dijo la reina; emplead esos aceros en la cena que os llama, y dejad á los pobres, que harto hacen

(1) Esto cuentan del Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II y tal vez á él se refiera Tirso.

guardando en la memoria un proceso de papeles de cincuenta comedias, en no pasarse en el tablado de un dicho á otro, como delincuente entre dos jurisdicciones» (1).

El *Cigarral V* comienza desde luego con la novela de *Los tres maridos burlados*, cuento boccacciano, pero que también tiene su origen en las antiguas colecciones de *Exemplos*, *Castigos* y otros semejantes de la Edad Media. Síguela, sin intermisión, la comedia de *El Celoso prudente*, también famosa, según el encabezado, y asimismo estrenada por Pinedo. También parece el autor contento de ella, y termina con esta curiosa defensa del teatro en general:

«Bien afortunada fué en todo esta comedia, pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese á satisfacción de los gustos del arte. — Afílen agora, dijo D. Juan de Salcedo, los Zoilos murmuraciones en la piedra de la envidia; veamos si hallarán, los que parten un pelo, alguno en ésta digno de reprehensión. Censuren los Catones este entretenimiento que, por más que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasión de distraerle. Aquí pueden aprender los celosos á no dejarse llevar de experiencias mentirosas; los maridos á ser prudentes; las damas á ser firmes; los príncipes á cumplir sus palabras; los padres á mirar por la honra de sus hijos; los criados á ser leales, y todos los presentes á estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, expurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentían á los teatros de España, y limpia de toda acción torpe, deleita enseñando y enseña dando gusto. — Apacibles predicadoras, replicó D. García, son las que en alabanza de sus autores no pasan de los límites honestos, pues persuaden y curan los ánimos que se quieren aprovechar de sus consejos disfrazados» (2).

Tal es este libro, mucho menos conocido hoy de lo que merece y censurado por los que no le han leído, atentos sólo á celebrar en Tirso el poeta dramático, como si le estuvieran cerrados los demás huertos de la amena literatura. No está, como afirmó Mesonero Romanos, escrito en estilo campanudo y afectado, sino con agudeza y originalidad de expresión, que deleita al que sin apresuramiento puede saborear tales primores. Encierra un abundantísimo vocabulario y hasta no tiene ejemplos de aquel adjetivar sustantivos y convertir otros en verbos, de que, aunque siempre con donaire, abusó Tirso en algunas de sus comedias. Todo queda dicho en su elogio con decir que es el mismo estilo que el de su conocida novelita de *Los tres maridos burlados*.

VI

TIRSO y los escritores madrileños. — Viaje á Zaragoza. — Certamen en la canonización de San Isidro (1622).

Por el mes de Noviembre de 1621 publicó el Licenciado Pedro Arias una colección titulada *Primavera y Flor de los mejores romances que han salido ahora nuevamente*

(1) Al fin del *Cigarral IV*.

(2) Al final de la obra.